

Josep Maria Català Domènech

LA ERA DE LA
INCERTIDUMBRE

FRAGMENTA EDITORIAL

ÍNDICE

Publicado por	FRAGMENTA EDITORIAL Plaça del Nord, 4 08024 Barcelona www.fragmenta.es fragmenta@fragmenta.es
Colección	FRAGMENTOS, 93
Primera edición	DICIEMBRE DEL 2023
Dirección editorial	IGNASI MORETA
Producción editorial	ABRIL MORALES
Asistentes de producción	MARINA CLAVERIA, LAURA CONDE
Corrección	ANA ORENGA
Impresión y encuadernación	ROMANYÀ VALLS, S. A.
© 2023	JOSEP MARIA CATALÀ DOMÈNECH por el texto
© 2023	FRAGMENTA EDITORIAL, S. L. U. por esta edición
Depósito legal	B. 20042-2023
ISBN	978-84-17796-95-2
Con el apoyo de	 Generalitat de Catalunya Departament de cultura
	RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS
	PRINTED IN SPAIN

	INTRODUCCIÓN	7
I	NOTICIAS DEL FIN DEL MUNDO. TIEMPO, EXISTENCIA E INCERTIDUMBRE	45
1	<i>Polaridades infinitas</i>	45
2	<i>Antiguos y modernos</i>	55
3	<i>Modos de existir</i>	60
4	<i>Realidades imaginarias</i>	62
5	<i>Después de la inteligencia</i>	66
6	<i>El fin de la certidumbre</i>	70
7	<i>El sujeto especulativo</i>	79
2	ENSAYO GENERAL DE UN CRIMEN. CIENCIA, VERDAD Y CORAJE	87
1	<i>La verdad sobre la verdad</i>	87
2	<i>La verdad y sus disfraces</i>	99
3	<i>¿Quién teme a la posverdad?</i>	103
4	<i>La verdad sobre las noticias falsas</i>	110
5	<i>Verdad y autoridad</i>	117
6	<i>Ciencia sin conciencia</i>	127
7	<i>La verdad del falsario</i>	142
3	SEXO Y CONOCIMIENTO. GÉNERO, NEOLIBERALISMO E IMAGINACIÓN	147
1	<i>El sexo de los posmodernos</i>	147
2	<i>Retórica y verdad</i>	152
3	<i>La revolución del género</i>	157
4	<i>Sexo y subjetividad</i>	161
5	<i>Formas de exclusión</i>	165
6	<i>Las fantasías de lo real</i>	168
7	<i>Lo normal y lo patológico</i>	173

4	LOS ÚLTIMOS DÍAS DE LA HUMANIDAD. CÍBORGS, VIRUS Y MUTANTES	177
1	<i>La saga de los muertos vivientes</i>	177
2	<i>Una realidad vírica</i>	185
3	<i>Especulación y pensamiento</i>	194
4	<i>Los delirios del progreso</i>	197
5	<i>Tecnoética para principiantes</i>	202
6	<i>La realidad hecha añicos</i>	206
7	<i>Realidades tecnológicas</i>	210
5	DÍAS EXTRAÑOS. MIEDOS, PANDEMIAS Y FORMAS DE VIDA	221
1	<i>Formas del apocalipsis cotidiano</i>	221
2	<i>La China entre nosotros</i>	232
3	<i>El discreto encanto de las estadísticas</i>	235
4	<i>La vacunación como auto sacramental</i>	243
5	<i>Redes que la razón ignora</i>	252
6	LA MENTIRA-VERDAD. INFORMACIÓN, DESINFORMACIÓN Y PROPAGANDA	259
1	<i>Publicidad y propaganda</i>	259
2	<i>El «terraplanismo» y la patafísica cotidiana</i>	262
3	<i>La ineludible sinceridad de Dios</i>	266
4	<i>La publicidad como forma simbólica</i>	271
5	<i>La doble contabilidad ontológica</i>	277
6	<i>No es lo que parece</i>	280
7	EL DELIRIO NECESARIO. PARANOIA, CONSPIRACIÓN Y PODER	287
1	<i>La conspiración de las teorías</i>	287
2	<i>El saber conspirativo</i>	292
3	<i>Entre el pensamiento único y el único pensamiento</i>	308
4	<i>Los magos de Oz</i>	313
5	<i>El nuevo Frankenstein</i>	319
6	<i>El fármaco paranoico</i>	322
7	<i>Paisaje después de la batalla</i>	324
8	<i>La pervisión comunicativa</i>	331
	A MODO DE CONCLUSIÓN PROVISIONAL	337
	BIBLIOGRAFÍA	343

INTRODUCCIÓN

*Si miramos mucho tiempo algo, enseguida aparece su rareza,
y, si seguimos mirando, terminaremos viendo el mundo.*

GUSTAVE FLAUBERT

HAY LIBROS QUE ANTECEDEN al autor. Parece como si estuvieran *abí fuera*, a la espera de que alguien decidiera convertirlos en escritura. No es que sean estrictamente necesarios, sino que son urgentes. Más que un conglomerado de ideas, forman un tenso enjambre de sensaciones que solo cobran sentido a medida que se convierten en palabras, cuando se desparraman en forma de texto por la página en blanco.

Sentí la urgencia de escribir un libro como este durante los primeros meses de la pandemia. En medio del caos generalizado: un *caos calmo*, como diría Nani Moretti, dado el aspecto fantasmal que ofrecían las grandes ciudades vacías. Permanecía encerrado en casa, recibiendo por la televisión los repetitivos partes de guerra diarios que el Gobierno y los expertos tenían preparados para nosotros, al mismo tiempo que buscaba por Internet informaciones alternativas que no siempre eran tan delirantes como la propaganda oficial pretendía, pero tampoco tan inocentes como se presentaban a

sí mismas. Si la superficie del mundo parecía amansada por su vacuidad, un bullicio inquietante agitaba, por el contrario, su interior. Y todo ello quedaba resumido en las pantallas, convertidas, entonces más que nunca, en la perfecta ilustración de la caverna platónica. En ellas, las diferentes sombras de la realidad pugnaban por colonizar la mente de los espectadores. Si la información oficial era irremediablemente contestada por las redes alternativas, todas las informaciones heterodoxas eran sistemáticamente ignoradas por los medios de comunicación generalistas o, si las mencionaban, era solo para desactivarlas mediante descalificaciones o insultos. La confrontación era tan desigual y con resultados tan inciertos como los del enfrentamiento entre un gran ejército y un grupo guerrillero. La estética, es decir, la compostura militar y los uniformes, juegan siempre a favor de los ejércitos a ojos de esa clase media cuya mirada tiende a universalizarse. Por el contrario, a los guerrilleros les corresponde la misma suerte que a todos los desarrapados. De ahí que los rostros conocidos de la televisión sean siempre más fiables que los inclasificables espontáneos de las redes sociales o las webs alternativas.

Como un ejército marcando el paso, los telediarios eran prácticamente monotemáticos y unidimensionales: contagios, hospitalizaciones, muertes. Una orgía estadística burdamente sustitutoria del pensamiento. Por si acaso este dispositivo claramente desinformador no fuera suficiente, pronto apareció en diversos medios una nueva herramienta de control del pensamiento, analizada, entre otros, por Pigem (2021: 83): los denominados *fact checkers*, verificadores de datos que, apelando a una autoridad que se otorgan a sí mismos o que les confiere, sin demasiado fundamento,

la cadena que los contrata, tienen como misión principal desactivar, calificándola de bulo, cualquier afirmación que no coincida con la línea informativa oficial. De ahí a la barbarie, no había más que un paso. Pero no era tanto la irracionalidad lo que amenazaba a la cultura, cuanto una racionalidad militarizada.

Poner por escrito mis impresiones se convirtió entonces en una obsesión. Escribir parecía ser la única forma de preservar una cierta integridad moral ante una operación tan burda de control de la población como la que se estaba produciendo. Eran dos tipos de virus los que contagiaban a la sociedad: el del SARS-CoV-2 y el de la desinformación. Para sobrevivir como ser humano, era necesario separarlos mentalmente, pero no era fácil hacerlo con la mente en un estado de confusión extrema. El único remedio era acudir a la escritura para poner un cierto orden en los acontecimientos y las ideas que los envolvían. Sin embargo, en una situación tan enervante, no había forma de concentrarse. Ni siquiera conseguí llevar un diario de la pandemia como hicieron tantos otros, no digamos ya plasmar de forma sistemática mis impresiones. Seguí sumido, por el contrario, en el desconcierto y la indignación.

Por fin, dos años después, la tormenta parece haberse calmado y da la impresión de que todo vuelve a la normalidad. Pero ¿hemos vuelto realmente a la normalidad o estamos simplemente olvidando lo sucedido? Quizá hemos caído ya en la barbarie sin darnos cuenta, suponiendo ingenuamente que éramos capaces de contener su asalto. De no ser así, ¿no estaríamos viendo su acción a nuestro alrededor, constantemente? Es una buena pregunta, pues quizá no vemos los signos de la barbarie que nos rodean porque estamos moral-

mente ciegos. Como dice Byung-Chul Han, «el poder del régimen neoliberal tiene un aire de finura».¹ Incluso durante el desbarajuste de la pandemia, la realidad había mostrado su rostro bondadoso, un rostro amigable y benefactor que contrastaba, superficialmente, con los rigores dictatoriales del régimen chino, aunque sin realmente contradecirlos. Durante todo este tiempo, ni los políticos ni los expertos han podido evitar que se les notase una cierta admiración por la eficacia china. Mientras que en China se despliega una barbarie exterior, en las sociedades occidentales se ha interiorizado: lo que allá está en las calles o en las casas, aquí se ha desplazado a las mentes.

Un mejor estado de ánimo me predispone ahora a poner por escrito mis reflexiones sobre lo sucedido y lo que continúa sucediendo. Se nos dice, en estos momentos de finales del 2023, que el virus no ha desaparecido, que vienen el otoño y el invierno y con ellos regresa una gripe que desapareció misteriosamente durante la pandemia: la mezcla de la gripe y el virus puede ser catastrófica, afirman unos expertos que, poco a poco, van regresando tímidamente a sus puestos en las pantallas de la televisión. Al parecer, hay una nueva variante: una más de las muchas que han plagado nuestra colonizada imaginación. ¿Qué metáfora describe mejor el escenario actual? ¿Aquella según la cual vivimos al filo de la navaja o la que afirma que pende sobre nosotros una espada de Damocles? Se diría que cualquiera de las dos expresiones sirve para comprender el paradójico estado de excepción en el que estamos instalados, pero una imagen sitúa la respon-

sabilidad en nosotros, en nuestra capacidad para mantener el equilibrio, mientras que la otra ilustra nuestra dependencia de decisiones ajenas. Creo que se nos ha instalado de forma subrepticia en una zona de peligro donde nuestra entera existencia pende de un hilo —otra metáfora pertinente—, sin que seamos del todo conscientes de ello, a pesar de que los indicios están siendo pregonados sin cesar por los medios de comunicación. Todo ha cambiado sin que parezca que lo haya hecho. El estado de excepción es a la vez un estado de ficción, puesto que las posibles catástrofes venideras de la realidad se confunden con las hipotéticas catástrofes narradas por la ficción audiovisual.

Decía Kierkegaard, a cuya melancólica sabiduría, ahora, en el crepúsculo de la humanidad, quizá deberíamos apelar con urgencia todos aquellos que pretendemos seguir siendo humanos, que, a su juicio, «quien se disponga a escribir un libro hará muy bien en tener consideradas de antemano todas las diversas facetas del asunto que quiere tratar. Tampoco estará nada mal que, en cuanto ello sea posible, entable conocimiento con todo lo que hasta la fecha se haya escrito sobre el mismo tema.»² El consejo, en gran medida irónico, se halla al principio del estudio que el filósofo danés emprende sobre el concepto de angustia, pero, aun respetando la sensatez que se esconde tras la ironía o la ironía que hay tras la aparente sensatez, lo cierto es que no me veo con ánimos de seguir la recomendación. En materia de escritura y pensamiento, me inclino por hacerle más caso a Deleuze, quien afirmaba que «cuando uno escribe, cuando piensa, es

¹ Byung-Chul HAN, «Seis motivos por los que hoy no es posible la revolución», *El País*, 6 de noviembre del 2022.

² Søren KIERKEGAARD, *El concepto de la angustia*, Trotta, Madrid, 1984, p. 29.

siempre en el borde entre lo que sabemos y lo que no sabemos», puesto que «o bien uno ya solo dice lo que sabe, y es lo mismo que nada, porque lo que uno sabe es lo que todo el mundo sabe, y entonces no vale la pena decirlo. O bien entonces damos el salto radical en lo que no sabemos» (DELEUZE 2018: 642). Este libro se propone dar este salto radical, no sin la inevitable angustia que acompaña siempre este tipo de acciones radicales extremas.

No es fácil escribir un libro sobre la realidad contemporánea sin la cobertura de alguna especialidad. Los especialistas poseen la ventaja de tener siempre la última palabra, cada cual la suya, referente a su área de conocimiento, y de no responder más que ante sus colegas de especialidad, de los que no se puede esperar una excesiva misericordia. Tampoco es fácil escribir un libro sobre la contemporaneidad, sobre la ontología del presente, sin tener una idea clara acerca de la convulsa realidad actual. ¿Por qué hacerlo, entonces, y cómo hacerlo partiendo irremediabilmente de la ignorancia? La única excusa posible es la de querer poner orden a una sensación personal de desconcierto. La búsqueda de un remedio contra la angustia.

No se trata, pues, de decir a los lectores lo que deben pensar, sino de decírmelo a mí mismo, con la esperanza de que la operación de ordenamiento, sea o no culminada con éxito, pueda ayudar a alguien a comprender alguna cosa. Kierkegaard (*ibidem*) añadía a su exhortación anterior que, cuando un escritor se pone definitivamente a escribir un libro (se refería a él mismo):

Lo hace con el primor característico del pájaro que canta su canción —si hay alguno que saque provecho o encuentre placer en él, entonces miel sobre hojuelas— y lo edita sin mayores cuida-

dos y preocupaciones, aunque también sin darse la menor importancia, pensando, por ejemplo, que ha agotado todo el asunto o que todas las generaciones de la tierra han de ser bendecidas por su dichoso libro. Porque cada generación tiene su tarea y no necesita cohibirse con la extraordinaria empresa de pretender serlo todo para las generaciones pasadas y para las venideras. Y cada individuo, dentro de la respectiva generación, tiene su propio afán —como también lo tiene cada día— y le basta y le sobra con cuidarse de sí mismo, no necesitando para nada abarcar toda la contemporaneidad con su paternal y pueblerina preocupación.

En esto, Kierkegaard seguía el ejemplo, que ahora nos puede parecer paradójico, de Descartes, quien indicaba que su propósito no era «enseñar el Método que todos deben seguir para promover la buena conducta de la Razón, sino solo mostrar de qué manera me he esforzado por conducir mi propia conducta» (DESCARTES 2006: 41). Lo recoge Kierkegaard en *Temor y temblor*, y con ello no puedo sino estar plenamente de acuerdo, ya que no pretendo echar, con este escrito, las campanas al vuelo. Mal que bien, con él me dedico solo a pensar, en un intento casi desesperado por mantener alejado el caos.

Como siempre que me pongo a escribir, también esta vez emprendo el camino del ensayo. Pero ahora se trata de ensayar un remedio, como he dicho, contra la angustia. La angustia que provoca el hecho de que todas las certezas se estén tambaleando o hayan sido convertidas ya en ruinas. El ensayista nunca pretende transmitir un saber establecido, algo que se conoce de antemano, sino que quiere dejar constancia de un proceso de pensamiento que acarrea más dudas que certezas. Cuando se lee a un ensayista, hay que desconfiar de la aparente contundencia de sus aserciones. Estas no son más que puntos de apoyo circunstanciales

de los que, como en el alpinismo, se improvisa su precaria firmeza para seguir escalando.

No escasea la ansiedad en el presente, inducida por un relato del miedo que se expone en los medios de comunicación con la misma naturalidad con la que se informa del estado del tiempo (fuente también de incertidumbre, por la cuestión climática) o de la fluctuación bursátil (suceso angustioso incluso para aquellos que jamás han invertido en bolsa). Puede, sin embargo, que nos asuste más el ruido de las cosas al caer que no las consecuencias últimas de la caída. Vivimos en un mundo cuyas partes se hallan en constante caída libre.

Por otro lado, desde la pandemia, ha aparecido en las televisiones una sección más o menos estable, como la dedicada al tiempo o a los deportes. Se trata de la información sanitaria que, además de informar sobre el coronavirus, lo hace también acerca de otras olas víricas o bacteriológicas. A veces, el asunto llega al absurdo por el estado de alarma en el que se instalan este tipo de informaciones. Por ejemplo, en la sección de sociedad de un periódico y bajo un titular que anunciaba «¿Por qué todo el mundo está resfriado? Las infecciones respiratorias toman la calle», se podía leer el siguiente subtítulo: «La confluencia de la covid, la gripe y el virus sincitial, sumado al frío y al abandono de medidas de protección individual, alientan los constipados».³ Si Juan de Mairena hubiera conminado al redactor a poner ese escrito, como decía él, en lenguaje poético, este no hubiera tenido más remedio que informar de que, como cada año, en invierno la gente coge resfriados.

³ Jessica MOUZO, «Las infecciones contagiosas toman la calle», *El País*, 11 de noviembre del 2022.

Sea como sea, la inquietud que provoca la situación es incuestionable, incluida la angustia intelectual de un nuevo tipo de existencialismo que emerge de las ruinas del antiguo y planea sobre nuestras propias ruinas como una niebla baja. Habrá que hacer de la angustia un motor intelectual, por lo tanto. Si la melancolía ha podido tener siempre este uso, ¿por qué no envolver con melancolía nuestra angustia actual? Sobre todo cuando nada parece producirse ahora que no haya sucedido ya antes en el espíritu humano. Afirmaba Valéry hace un siglo, al término de la Gran Guerra, que «el Hamlet europeo contemplaba millones de espectros. [...] Pero era un Hamlet intelectual que medita sobre la vida y la muerte de las verdades.»⁴ Más tarde, añadiría lo siguiente: «Me propongo evocar ante vosotros el desorden que vivimos. Trataré de mostrarles la reacción de la mente que observa este desorden, el retorno que hace sobre sí misma cuando, habiendo medido su poder y su impotencia, se cuestiona y trata de imaginar el caos al que su naturaleza quiere oponerse.»⁵ El eterno retorno implica, pues, una forma distinta de ver lo mismo.

No se puede ser demasiado ambicioso cuando, ante el desorden, la mente decide retornar sobre sí misma. Ocurría entonces y ocurre ahora. Y ocurrió muchas veces antes también. La mente retorna angustiada sobre sí misma y se refugia en la melancolía. Es desde esta melancolía angustiada que pretendo exponer lo que yo pienso sobre el mundo actual. O

⁴ Paul VALÉRY, «La crise de l'esprit», *La Nouvelle Revue Française*, núm. 71 (1 de agosto de 1919), p. 321-337.

⁵ Paul VALÉRY, «La politique de l'esprit. Notre souverain bien», conferencia pronunciada en la Universidad de California, EE UU, 16 de noviembre de 1932. Recogida en Paul VALÉRY, *La politique de l'esprit. Notre souverain bien*, Manchester University Press, Manchester, 1941.

mejor dicho, sobre el borde del abismo en el que nos encontramos, manteniendo un precario equilibrio. Recientemente, un crítico cinematográfico expresaba su estupor al comprobar, en el festival de cine fantástico y de terror de Sitges, que el público, ante una escena pavorosa, en lugar de gritar, aplaudía. Creo que esta es una perfecta alegoría de nuestra situación moral: a punto de caer en el abismo, los unos gritan y los otros aplauden. Es obvio que los que aplauden no ven un vacío en el abismo, sino la extensión de la tierra prometida.

En el marco pospandémico, situado en lo que podríamos denominar una «era vírica» —entendiendo lo vírico como una metáfora de la nueva realidad—, se están produciendo transformaciones muy radicales en ámbitos que llevaban desde hace años en la cuerda floja. Estos territorios, que son a la vez sociales e imaginarios y cuyas estribaciones se hallan situadas en el perímetro de la era que termina, abriéndose a las incógnitas de la próxima, son los relativos a la humanidad, la sexualidad y la verdad. Se trata, como digo, de formas del imaginario social cuya estabilidad lleva tiempo siendo discutida, pero que nunca como ahora han estado tan a la defensiva. Son como ese ejército cuyo retroceso es indicio de la inminente derrota. La relación de esas vacilaciones con la pandemia, con el virus, es sin duda indirecta, pero ambas vertientes confluyen en una misma situación apocalíptica, agravada ahora por la guerra en Ucrania y la amenaza nuclear que vuelve a cernirse sobre el mundo. La realidad es conde-nadamente compleja y se muestra como una figura fractal que no deja de expandirse en todas direcciones, mostrando formas cada vez más alambicadas que primero son diferentes para luego repetirse inesperadamente. Es una realidad en forma de virus, de un virus cuya estructura es a la vez particular

y general, es decir, cuyo cuerpo adquiere la forma de la pandemia a través de la que se manifiesta y se expande.

No solo hay que ensayar otro tipo de pensamiento para amoldarse a estas estructuras vírico-fractales de la nueva realidad, sino que también habría que plantear otro tipo de enunciación, otro tipo de *escritura*. Lo primero se puede intentar, y filósofos como Deleuze y Guattari nos muestran el camino para hacerlo. Pero, siendo lo segundo, de momento, imposible, nos vemos abocados a la contradicción de tener que pensar diferente con los mismos instrumentos; una paradoja con la que ya se enfrentaron ellos en su momento y que trataron de paliar con una sintaxis enrevesada que no era solo patrimonio suyo y que, desde luego, yo no me siento capaz de emular ni considero conveniente hacerlo. Sin embargo, algo quiero conservar de la necesidad de pensar el perpetuo movimiento de lo real mediante una forma de pensar también en movimiento. Pero antes, un poco de orden.

A tenor de la bancarrota actual del humanismo, de las transformaciones de la idea de verdad y de las nuevas formas del sexo y del género, fenómenos que incluyen, todos ellos, un amplio abanico de posibilidades en constante proceso de evolución, considero que hay en marcha actualmente tres revoluciones que señalan ese borde del abismo en que estamos situados, un límite que para unos es pavoroso y para otros, esperanzador. Es cierto que existen muchos escenarios en el mundo actual que nos advierten de su desorden o de su reordenación, ya sean el cambio climático, la crisis de la democracia o las crecientes desigualdades sociales, entre otros. Pero estos fenómenos no contienen la ambigüedad de lo antes señalado o, por lo menos, la ambigüedad no es inherente a ellos, sino que, en todo caso, se proyecta sobre

ellos ideológicamente. Más que anunciar un mundo nuevo, señalan la decadencia terminal del antiguo. Por el contrario, los tres ámbitos que me inquietan especialmente tienen un carácter ontológico. Su discusión delimita claramente la frontera entre el pasado y el futuro sin ofrecer garantías sobre la bondad o perversidad del desenlace: son ambiguos por naturaleza. Cuando los pienso, ni siquiera tengo claro si debo resistirme a ellos o acogerlos con alborozo; si debo dejarme llevar por el entusiasmo acrítico que generan o refugiarme en un cierto escepticismo que me permita detectar sus inconvenientes, aunque sea a costa de poner palos en la rueda de su desarrollo. Finalmente, me inclino por resistir la tentación de avanzar demasiado deprisa hacia el abismo. Porque tales asuntos son abismales, aunque solo sea por la complejidad del territorio que despliegan sus propuestas. Es muy posible que para muchos suponga un abismo ventajoso, puesto que pone fin a una era no tan solo periclitada, sino éticamente deplorable en muchos sentidos. Pero, cuando todo está tan revuelto, la prisa no es buena consejera.

El futuro siempre es abismal porque aparece como un vacío sin fondo al que nuestra imaginación añade una ambigua mezcla de miedo y esperanza. Pero no siempre estamos ante un mismo futuro. Por eso es tan conveniente no dar un paso sin pensarlo. Cuando hoy en día el correr se ha convertido en una actividad sin objeto (excepto el de la sacrosanta salud, aquella que el virus pone en peligro), existe el riesgo de creer que la humanidad debe avanzar a toda prisa, como si el avance se justificara a sí mismo y no pudiera tener consecuencias insospechadas e indeseables. A veces no se sabe de dónde proviene el viento que empuja al progreso. Decía Benjamin que «el concepto de progreso debe

basarse en la idea de catástrofe» (2012: 292). Según él, el *Angelus Novus* avanza de espaldas al futuro, impulsado por el viento de la historia. No puede ver, pues, a dónde lo lleva lo que parece ser la fuerza ciega de un vendaval. Pensar o reflexionar no es precisamente la actitud que predomina hoy en día, cuando incluso la publicidad se atreve a utilizar a ciertos filósofos que se dejan comprar para decirnos que debemos pensar menos. En particular, me refiero a la campaña de la firma Adolfo Domínguez que, a través principalmente de las figuras de Steven Pinker y Elizabeth Duval, propone como lema principal «Piensa menos», matizado también con el de «Repite más». Se trata de algo tan banal como proponer que, en pro de la sostenibilidad, no nos cambiemos tanto de ropa y usemos la que ya tenemos, una propuesta un tanto hipócrita viniendo de una compañía dedicada a la moda. Pero no cabe duda de que la visibilidad del «Piensa menos» está perfectamente estudiada por la agencia publicitaria española CHINA. Esta mezcla de lo fútil y lo trascendental corroe cualquier significancia, componiendo una perfecta alegoría de la moral contemporánea. La imagen de Pinker, convenientemente enfatizada con el lema «Piensa menos» superpuesto, es emblemática.

